

lla la gente para lograr un buen sitio, un observatorio favorable, y cuando se ha logrado, se defiende con ánimo de no perderlo y se conserva á toda costa.

Nada, en efecto, más curioso que observar los fenómenos á cada transformación de las cascadas fosforescentes. ¡Cuántas y cuán varias exclamaciones á medida que el agua se dora, se platea, se enrojece ó azulea mezclando á veces todos los tonos del arco iris en armoniosas combinaciones! Y todos los espectadores permanecen allí, como arrobados, hasta la última gota de aquella mágica lluvia de fuego inofensivo, de estrellas, rubíes y diamantes.

Pero dan las once, se dispara otro cañonazo y á cerrar: se acabó la fiesta.

¡Cómo! ¡Se ha acabado ya! Pero si no hemos visto nada; apenas hemos recorrido un rincón del Campo de Marte. ¡Y nosotros que esperábamos ir á la Explanada á visitar los panoramas y el teatro anamita y el caserío javanés! Y la dama vuelve á regañar al caballero, pues no encuentra delicado que por dos *tickets* no se le haya dado más, y le hace prometer que en adelante votará contra el gobierno. El caballero inclina la cabeza bajo la tempestad y propone tímidamente no volver. ¡Bah! ciertamente que volverán .. pero temprano para verlo todo, sin ser explotados.

Y en efecto, volverán una mañana, á la apertura de los postigos, creyendo que por veinte sueldos van á comprar quince horas de verlo todo. Pero el empleado les dirá: Perdonad; por la mañana hasta las diez son dos *TICKETS*.

R. TOCHE.



Repujador y grabador de cobre

UN PASEO Á LA CALLE DEL CAIRO

Por la siesta. Un cielo de fuego; el azul del desierto, sí, el azul de la Libia, un azul simun, un azul pirámide de Egipto tiñe la bóveda del firmamento, mientras que sobre el turista cae un calor arábigo, una atmósfera exactamente *fellah*; de tal manera que diría uno de buena gana: Se siente aquí el cocodrilo.

Y es verdaderamente el momento favorable para seguir al asno gris de piel tan dibujada y al burrero de larga y flotante blusa, los cuales se dirigen hacia la calle del Cairo.

Es un Oriente bien raro. Ante esas habitaciones elegantes y esas pintorescas tiendas, es raro el fez, mientras son innumerables los sombreros de todas clases. Diríase una cruzada de gorreros procedentes de la calle de *Saint-Denis* para restablecer el imperio de Oriente. Armados de paraguas y bastones, estos invasores europeos, estropeando todas las lenguas occidentales, se precipitan sobre los hombres tranquilos adornados con el fez y los petrifican con sus autoritarias conversaciones.

¡Oh Arun-al-Raschild, príncipe de los creyentes! ¡oh Scheherazada! ¿qué pensáis de esta nueva edición de las *Mil y una Noches*? Porque seguramente es preciso tener la poe-

sía bien ligada al cuerpo para aislarse bastante de esa multitud extravagante, alegre y sin arte, que impide ver el paisaje.

Sin embargo, después de la insolación del Campo de Marte, esta calle del Cairo aparece desde luego como un oasis de frescura. Un ligero aire agita á la entrada las banderolas parecidas á abanicos multicolores, y este súbito fresco ahuyenta las ideas melancólicas devolviendo al turista su necesario buen humor.

— ¡Cauá! ¡Cauá! ¡dos sueldos! ¡Cauá! grita el vendedor de café, cuya cesta está adornada de un sistema tan giratorio como un derviche, y que por un mecanismo primitivo hace sonar vasos de cristal, semejantes á campanillas agitadas. ¡Cauá! ¡Cauá! ¡dos sueldos!

He aquí un carpintero pensativo. Es bastante viejo, con su mostacho canoso y caído, y sentado en el suelo cruza las piernas en la actitud de un sastre sin trabajo. El joven, al contrario, acepilla y ajusta sus maderas en el fondo. Es todo un apólogo oriental: la juventud trabajando para que descansen la vejez.

¡Hola! los cigarrillos kediviales! Como quien dijera cigarrillos de Harun-al-Raschild, y aun por autorización especial de Su Alteza. ¡Está escrito, por Alah! ¡Escrito está! Mientras un señor, cubierto con un sombrero alto de forma, y acomodado en un sofá, parece abismado en un *kief* inmóvil, el comerciante de ojos negros me mira con desconfianza, porque tomo notas en mi cartera. Sin duda se figura que, contra las prescripciones del Corán, voy á trazar su retrato. Sin embargo, en el fondo de la tienda se ostenta la fotografía de Su Alteza. ¿Y el Corán, entonces?

Y siempre sombreros altos. Ved allá uno que aparece en un piso principal, después de haber abierto su dueño la celosía de un mirador; mientras en la calle, un buen *populo* endomingado grita con voz de canalla pidiendo al Consejo municipal la alineación de la calle.

Otra anomalía: el cocinero egipcio se ha puesto sobre su larga y solemne túnica blanca un pesado mandil de cocina, pardo y por demás occidental.

La confitería del Monte Líbano, donde se vende el *pan de San Juan del Desierto*. Aquí hay hasta un prospecto. «Esta dulzura es muy deliciosa, digestiva, estomacal, nutritiva y pectoral, fabricada en Jerusalén con algarrobas, etc.»

Más lejos una limonada de color de rosa. ¡Oh! apartémonos de aquí. He aquí raros cuchillos damasquinos, yataganes y cimitarras, ofrecidas por un mercader esencialmente clefte, con su aire de bandido á la manera de Lapommeraye, si nuestro simpático camarada consintiera en cortarse los cabellos. Huyamos más aún.

En una casa adornada de caricaturas coloridas, un tanto primitivas, un traficante de *cauá*, parece en su inmovilidad una estatua de bronce, mientras una robusta y hermosa mujer, con sombrero de paja cubierto de esas hierbas que han privado tanto esta primavera, le interroga y admira. En esta estatua de bronce hablan los ojos, viven, se agitan y aun parece que cantan á la manera de Oliverio Metra: «¡Oh París, alegre mansión!...»

Un cocodrilo lleno de paja y clavado en una pared, indica que allí se venden nueces de coco y bananas.

He aquí unas vidrieras maravillosas que parecen tener mil doscientos años. El tiempo no importa para el caso: estas vidrieras se asemejan á miradores recortados en vidrios multicolores. Más lejos se ven sutiles bordados, cuyos obreros trabajan silenciosos y graves, mientras un mercader de telas vende ó procura vender jubones maravillosos, aunque un poco caros.

Llego en fin á la célebre cuadra, cuyos asnos son ya ilustres y cuyos borriqueros



El cacharero

vendrán á serlo también por otras causas. Aquí se impone un paralelo clásico. Colocados los asnos junto á la pared, con el cuerpo cubierto de arabescos que una hábil tijera dibujó en su piel blanca ó parda, se limitan á rebuznar de vez en cuando sin pedir la menor propina. Los borriqueros, al contrario, se entregan á un juego singular, que consiste en colocarse unos enfrente de otros y á balancearse alternativamente de adelante atrás y de derecha á izquierda ó de izquierda á derecha dando extraordinarios gemidos y diciendo á vueltas de ellos: ¡Balalá, rampesana! ¡Balaká, baleana, baleana! Y agítanse locamente, con el rostro como arrobado y el flexible cuerpo retorcido poco á poco y cada vez más por el movimiento rítmico que va en *crescendo*.

A veces el *balalá* ó *baleana* es reemplazado por otro grito análogo al *han* de los panaderos: ¡He ha! dicen los unos. ¡Hi he! contestan los otros. Y se repite tan extraña lamentación coreada por los rebuznos de los impacientes, aunque bien criados asnos.

Mientras la mayoría de los borriqueros se dan á este ejercicio embriagador (el ajeno del desierto, sin duda) dos ó tres camaradas audaces hacen circular su fez al rededor de los espectadores, diciendo en plata: ¡Baghchisch! baghchisch! Y las monedas caen en el gorro del oriental, que permanece tan grave como siempre; á menos que algún curioso

de los circunstancias, que no conozca el árabe, conteste: *¡Pas chiche!* No soy mezquino, sino cuando me da la gana.

Hay otra cosa muy característica del Oriente, y es el vendedor de dátiles y rosas, absolutamente auténticos ambos á dos productos; pero la multitud no les hace el honor debido. Si vendiera *bocks* haría fortuna. Así es como se comprende el color local.

¿He de hablaros de las almeas, de los derviches y de la música oriental? He venido aquí de día; las almeas disputaban con los músicos y no han bailado sino á regañadientes ni han hecho sonar sus anillos sino con mucha repugnancia.

Por la noche. Heme aquí metido verdaderamente en las *Mil y una Noches*. Los sombreros altos de forma se esfuman y se borran bajo la tranquila luz de las lamparillas, bajo el cielo sembrado de estrellas, entre el extraño ruido de las músicas salvajes.

Bien oigo gritar en la calle que sigue á lo largo de la Exposición: ¡Guisantes verdes! ¡Guisantes verdes! Veo también luces de petróleo en las tiendas; pero las casas dilatan su seno en la calle del Cairo, el minarete se alza y allá arriba parece que la media luna corona en medio del cielo el estandarte de Harun-al-Raschild, príncipe de los creyentes.

Los bronceos humanos de la siesta son aun más bronceos, los puñales damasquinos brillan mejor, los ojos terribles también. No extrañaría ni mucho menos que Scheherazada estuviera sentada allá arriba tras las celosías de un mirador.

Allá abajo hacia el país de las almeas se arremolina la multitud. El derviche gira locamente sobre sus talones teñidos de rojo, la almea número uno baila su brusca danza, bastante linda, pero ¡oh Rebeca! ¿por qué ese litro en la cabeza? Después viene el vientre. Verdaderamente esta danza del vientre, como se llama técnicamente, no agitará nunca con voluptuosos insomnios la tranquilidad de nuestros sueños. Prefiero el vals. Al principio, pase, pero cuando este vientre exasperado comienza á girar en convulsiones puerperales, digámoslo así, provocando la risa de algunos *gentlemen* sentados en primera fila... no, no, que se me lleve otra vez á la Venus de Milo (1).

En cuanto á los anillos de metal, el sonido grato al principio, exaspera al fin, y las castañetas andaluzas repiqueteadas por las graciosas gitanas tienen otro carácter muy distinto.

Por fortuna la impresión fina, delicada y poética de esta calle nocturna, vuelta á ver á la salida bajo la pálida media luna, lo domina todo.

A la puerta de la cuadra, un municipal muy grave monta la guardia y dice: «Los borrachos están acostados.» Precisamente esta noche han escalado sus paredes para andar en malos pasos y espiar el paraíso de Mahoma.

Voy y vengo de un extremo á otro de la calle como suele hacerse en la calle mayor del villajo un día de fiesta: el débil alumbrado que proviene de las tiendas y da á los transeúntes misteriosas actitudes de sombras chinescas, completa la ilusión. El ruido posible de esta muchedumbre se pierde y confunde en el tumulto general de la grandiosa Exposición y casi se asemeja á ese silencio que guardan de buena voluntad los campesinos, esos otros orientales, sin saberlo ellos.

Y luego, cansado un poco, me voy, volviendo la cabeza por última vez para ver si Scheherazada, á favor de la oscuridad, se determina á salir, muy velada, por supuesto;

(1) Acaso la larga túnica que la envuelve, en vez de estar medio vestida con flotantes bandas, da á la bailarina ese aspecto desagradable.



Tornero, fabricante de muebles

pero no; las bellezas que pasan quedan invisibles en esta penumbra, y allí donde no se ve nada, pierde sus derechos la estética femenil.

Allá abajo, la torre Eiffel lanza sus azules miradas sobre las fuentes luminosas, y esto es verdaderamente oriental como las maravillas de las *Mil y una Noches*, Viejo Harun-al-Raschild, califa de los creyentes, vamos hacia esta parte y allí encontraremos seguramente á Scheherazada, sin velo, abriendo tamaños ojos.

EMILIO GOUDEAU.